

FULLAT I GENÍS, Octavi: *Valores y narrativa. Axiología educativa de Occidente*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2005, 542 pp.

Después de publicar *Els valors d'Occident* (Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2001) y *L'autèntic origen dels europeus. El cristianisme en la formació d'Occident* (Barcelona, Pòrtic, 2004) nos llega este nuevo libro que sintetiza y completa los anteriores, a la vez que fija —de manera casi definitiva— el pensamiento del profesor Octavi Fullat (1928). Su amplia bibliografía, jalonada por más de un centenar de títulos, confirma una dilatada y prolífica producción que se inició allá por los años sesenta y que, en las últimas décadas, no ha hecho más que aumentar, a la vez que ha alcanzado una estructura propia y una orientación característica. A lo largo de su dilatada carrera universitaria —iniciada precisamente en la Universidad de Barcelona el año 1958, bajo la atenta mirada del profesor Jaume Bofill i Bofill (1910-1965), catedrático de Metafísica— ha ido elaborando un sólido corpus teórico que gira en torno a la filosofía de la educación, aunque la verdad sea dicha sus intereses y temáticas se relacionan con cualquier aspecto de la vida humana.

En realidad, la obra que nos ocupa no constituye un libro más en su rico elenco bibliográfico, sino justamente una especie de culminación, que en modo alguno puede considerarse un punto y final a su larga trayectoria intelectual. Si bien hace unos años abandonó —por imperativo reglamentario al cumplir los setenta años— la docencia universitaria, aunque fue promovido a la condición de profesor emérito de la Universitat Autònoma de Barcelona, no es menos cierto que en los últimos años —sobre todo desde 1989, fecha que coincide con la caída del muro de Berlín— el profesor Fullat ha configurado una sistemática conceptual que se singulariza por zafarse de la tentación de seguir a pies juntillas la moda impuesta por el discurso pedagógico postmoderno que ha enfatizado el principio de la diferencia. Por ello, probablemente, en este libro los lectores pueden

encontrar afirmaciones un tanto contundentes — e incluso a veces políticamente incorrectas— pero que responden a un auténtico ejercicio de sinceridad y honestidad intelectual.

Al igual que su estimado San Agustín, esta obra también puede ser considerada una especie de confesión, que a modo de descargo de conciencia ha escrito alguien que ha vivido en primera persona —desde un protagonismo intelectual comprometido— el curso de la historia de Europa y de la cultura occidental, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Substrayéndose a los vientos que soplan en cualquier momento histórico, Fullat ha construido —paralelamente a su largo peregrinaje intelectual— una filosofía de carácter culturalista que enfatiza el papel de la herencia cultural. En última instancia, somos habiendo sido de manera que en vista a ser, el pasado, el presente y el futuro se dan en un todo imbricado mutua y recíprocamente. En consecuencia, Fullat se inserta en la estela de las ciencias del espíritu o ciencias de la cultura, aunque con matices ya que sin negar el peso de la tradición (Gadamer) tampoco reniega de la dimensión crítica (Habermas), adoptando todo ello un perfil nítido que se arraiga en las fuentes del profetismo hebreo, tan caro a los ojos de nuestro autor.

Bien mirado, podemos decir que nos encontramos ante una obra de síntesis que recoge muchos de los temas que Fullat ha ido desgajando en los últimos años, la época de auténtica y plena madurez intelectual. Como él mismo reconoce, puede suceder que con el transcurso del tiempo y nuevas lecturas cambie de parecer, pero en el actual trance se afirma en su tesis: vivimos una grave crisis de valores cuya solución exige la adopción de una cosmovisión (*Weltanschauung*) que emana de la tradición de la cultura europea u occidental. Así pues, el profesor Fullat se inscribe en la nómina de autores (Dilthey, Jaspers, Roura-Parella, Bollnow, Quintana, etc.) que han planteado, siguiendo los postulados de Alexander von Humboldt, la importancia que significa poseer una cosmovisión para orientar la vida de cada cual. Por

tanto, sólo se puede tirar adelante —pensar, hacer, decidir, actuar, sentir— a partir de una *Weltanschauung* u omnicomprensión de cuanto hay. Dicho de otra manera: sin cosmovisión resulta imposible vivir, y lo que es más notable para nuestros intereses pedagógicos, no es posible la tarea de educar. Sin cosmovisión —y naturalmente, la debilidad postmoderna no constituye ninguna cosmovisión en el sentido fuerte del término— no es posible la función pedagógica que implica siempre la transmisión de unos principios y valores elaborados históricamente y que dan sentido a la herencia cultural occidental. Desde esta perspectiva, únicamente serán valores de Occidente aquellos que se deriven históricamente de la cosmovisión judía y de las cosmovisiones griega y romana, que en conjunto integran algo así como un ecosistema diacrónico en el que habita el hombre occidental.

En efecto, en la cosmovisión del profesor Fullat, Jerusalén, Atenas y Roma configuran los tres orígenes de la civilización occidental, cuyos valores pedagógicos se entienden justamente a partir de los mitos que han dado sentido a nuestra accidentada y contrapuesta historia. Así la figura de Abraham que representa el valor judío de expedición-expectación constituye la piedra angular de la historia entendida como aventura abierta hacia un futuro utópico y esperanzador, según fue entendido por el profetismo judío. Abraham aventaja a Ulises —el héroe griego que retorna a la seguridad de su Ítaca inicial— y a Eneas —la plenitud del tiempo se alcanza con la fundación de Roma, una especie de fin de la historia. Mientras Ulises sabe, Abraham indaga e imagina y está dispuesto —en último término, en una especie de apuesta pascaliana— a dar el salto ante un futuro ignoto e inseguro pero abierto a la esperanza e, incluso, a la fantasía.

Octavi Fullat —al igual que Abraham— se niega a aceptar sin más los simples retornos a los orígenes, repudiando igualmente las clausuras de aquellos que proclaman —la Roma imperial así lo hizo, los actuales postmodernos así lo esgrimen— el fin de la historia. Quizá por ello

—su desapego a las clausuras— opte, un tanto a contracorriente, por alejarse de la filosofía de Habermas —un moderno en toda la regla que rememora los pasos kantianos— y se decante por la apertura de horizontes de la hermenéutica de Gadamer. De tal suerte que Fullat presenta en esta obra —amén de una narrativa axiológica de signo hermenéutico— una filosofía de la historia, sin menoscabar en modo alguno la condición de relato o narración histórica. Probablemente por su ascendencia agustiniana —no hay que olvidar que se considera a Agustín de Tagaste como el padre de la filosofía de la historia— Fullat ha elaborado, después de trazar su propia expedición-excursión intelectual, una auténtica filosofía de la historia que se aleja un tanto de las construcciones modernas al uso (Condorcet, Comte, Marx). Pero tampoco ha caído —y esto es muy importante habida cuenta los tiempos que corren— en el pesimismo nietzscheano y heideggeriano. Lejos del hombre (*Dasein*) abocado a la muerte de Heidegger, Fullat insiste —bajo la influencia de Ernst Bloch y Hans Jonas— que en el futuro hay esperanza, una esperanza que surge de la fuerza abrahámica del profetismo hebreo y que el cristianismo, después del Concilio de Nicea (325), asumió como cosa propia al declarar la dignidad del ser humano después de definir la encarnación de Dios —a través de Cristo— en el hombre.

De ahí que la filosofía de la historia de Fullat contemple diversas fases o etapas a cada una de las cuales corresponde un espíritu de época (*Geistzeit*). Por ello, sobre la base de la cultura hebrea, griega y latina se consuma la síntesis cristiana que podemos representar en los iconos medievales, cuya mirada interpela a los hombres al escrutarlos por su condición de hijos de Dios. Desde el Concilio de Nicea (325) hasta la aparición de la obra de Pico de la Mirandola sobre la dignidad del ser humano (1486), se puede hablar de Cristiandad. A partir del Renacimiento del siglo XV se inicia el trayecto de la Modernidad —Fullat anota que el Islam la desconoce—, proceso o etapa que alcanza su ocaso el año 1900, fecha que como se ha indicado

coincide con la muerte de Nietzsche. De hecho, se trata de una simple convención histórica que sirve a nuestro autor para ilustrar el advenimiento de los tiempos postmodernos que de esta guisa han transitado todo el siglo XX con sus dos Guerras Mundiales, la bomba atómica y un sinfín de conflictos regionales que, con sus consiguientes hambrunas y pandemias, no hacen más que confirmar la actual crisis axiológica. Sin valores éticos consistentes —los hay, sin duda, efímeros y volanderos— hemos quedado reducidos a la desmoralización.

Situado en esta perspectiva un tanto pesimista, podría parecer que el profesor Fullat cae en una desesperación que le aboca a la nostalgia, participando del ingenuo supuesto de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Si sacásemos esta conclusión de la obra que nos ocupa cometeríamos un grave error porque Octavi Fullat —basándose en la figura profética de Abraham— observa con optimismo el futuro, esto es, con esperanza pascual. En este sentido, no podemos olvidar tampoco que Fullat ha recibido a través de la *Shoah* la influencia de la *Bildung* neohebraica, es decir, de aquel pensamiento fraguado a fines del siglo XIX por Hermann Cohen y que, después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), encontró en Franz Rosenzweig y Emmanuel Levinas a dos inequívocos puntos de referencia. Es verdad que Fullat alarga la nómina de pensadores neohebraicos —aquellos que, a grandes rasgos, no piensan desde el solipsismo del sujeto, desde la soledad interior del yo moderno, sino desde el respeto a la alteridad del otro— hasta un total de nueve —Cohen, Rosenzweig, Benjamin, Scholem, Buber, Bloch, Strauss, Jonas y Levinas—, listado al que quizá podríamos añadir Edith Stein —convertida al cristianismo— que también pensó la relación pedagógica desde la empatía con el otro, es decir, con el prójimo.

Sabedor que el futuro solamente puede escribirse teniendo en cuenta la propia tradición, Fullat profundiza en las señas de identidad de la cultura europea u occidental. Si volvemos la espalda a esta tradición —a la fe hebrea, a la ciencia griega y a la

técnica romana— estamos perdidos. Nuestra grave crisis axiológica —proclamada por Nietzsche y combatida por Scheler— no haría más que aumentar, perdiendo el norte y el horizonte de futuro. Sin embargo, Fullat no entra en pormenorizar cuáles son los valores concretos —o microvalores— que deben ser trabajados desde un punto de vista escolar, consciente que los pedagogos de la educación moral no superan, de ordinario, el plano de la fenomenalidad superficial. Tal como corresponde a un pensador cosmovisional, Fullat se refiere e insiste en los grandes valores —o macrovalores— que dan sentido a la cultura europea u occidental, valores que al fin y a la postre no deben ser olvidados de cara a un futuro que pueda substraerse a la nefasta influencia de la frivolidad postmoderna. ¿Cuáles son estos grandes valores que obligan categóricamente al margen de cualquier sentimiento fáctico? Fullat los aborda con profusión en las páginas de este libro pero podemos avanzar que son tres y que corresponden a cada uno de los elementos configuradores de nuestra herencia cultural. Del profetismo hebreo surge la dignidad del hombre, el valor primordial y más importante de todos que implica que para que cada uno pueda sentirse digno ha de ser libre. De la cultura griega, deriva la ansia del conocimiento con el anhelo de la verdad y del mundo latino procede la tecnología con su tendencia a la eficacia. En cualquier caso, la dignidad humana —herencia del profetismo hebreo— se encuentra por encima de los dos otros valores, es decir, de la búsqueda del conocimiento y de la aplicación eficaz de las cosas.

CONRAD VILANOU I TORRANO